

CAPÍTULO IX

Miguel Angel al servicio de Julio II.—El sepulcro
y la estatua de bronce del Papa.—Las pinturas
del techo de la Capilla Sixtina.

Nicolao V y Sixto IV, sobre cuyas huellas continuó Julio II, habían, además de la arquitectura, fomentado también grandemente la pintura; al paso que el cultivo de la escultura, por efecto de circunstancias exteriores, había quedado muy en segundo término. A Julio II estaba reservada la rara felicidad de tomar á su servicio, en ambos ramos de pintura y escultura, los más geniales maestros de su siglo, uniendo eternamente su nombre con los de Rafael y Miguel Angel. Lo propio que á los grandes arquitectos de la época del Renacimiento, dió también á sus más eminentes pintores y escultores ocasión de desplegar en sumo grado las dotes que habían recibido del cielo.

Julio II conocía la *Pietà* de Miguel Angel, colocada en San Pedro en la capilla de Santa Petronila; y aquel grupo, una de las más perfectas, hondamente sentidas y conmovedoras obras de la escultura cristiana (1), fué probablemente lo que movió al Papa á llamar á la Ciudad Eterna al gran artista florentino, en la primavera del año de 1505. El creador del «David», dejó á un lado el cartón de la batalla de Cascina, en que estaba trabajando, y acudió al llamamiento del Papa. Era el mes de Marzo cuando el

(1) Cf. nuestras indicaciones, más arriba p. 121 s. V. también el juicio de K. Hase, *Erinnerungen an Italien*, 184.

artista, de edad entonces de 30 años, llegó á aquella Roma llena de maravillas (1), y encontró allí, en el supremo Jeraarca de la Iglesia, un Mecenas que comprendió perfectamente y supo estimar sus facultades. Julio II, por ventura el más entendido de todos los papas en materias de arte, se interesó por los trabajos de Miguel Angel como por un asunto personal, siguiendo con sus propios ojos el progreso de ellos, y urgiendo su perfección con impaciencia juvenil. Dada la violencia del temperamento, así del artista como del Pontífice, no podían dejar de suscitarse conflictos; pero ambos volvían siempre á encontrarse de nuevo. Eran dos caracteres unidos por una secreta afinidad; ambos amaban lo gigantesco, ambos eran de índole extraordinaria: *terribili*, como decían sus contemporáneos (2); ninguna cosa pequeña ó mediocre era propia de ellos; todo tomaba un aire de grandeza en estos varones, uno de los cuales ceñía la más augusta corona de la Cristiandad, y el otro llevaba en su frente la corona espiritual del genio (3).

Ya el primer encargo que Julio II cometió á Miguel Angel era grandioso; tratábase de levantar para el Papa, en sus días, un gigantesco monumento sepulcral de mármol. Miguel Angel presentó en seguida varios bocetos, uno de los cuales fué aprobado para su ejecución. Por un contrato se determinó que el artista construiría el monumento en el término de cinco años, por la suma de 10,000 ducados (4). Miguel Angel, á quien se asignaron como provisión 100 ducados mensuales, se entregó á su incumbencia con entusiasmo. Dirigióse apresuradamente á las canteras de Carrara en busca del mármol para su obra. Durante ocho meses estuvo trabajando allí, y con gran previsión y consideración ajustó con los picapedreros y acarreadores la entrega de bloques de mármol en cantidad de 2,000 quintales (5).

A principios del siguiente año de 1506, volvía á hallarse el artista en Roma donde levantó un taller en la plaza de San Pedro (6).

(1) *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 426. Cf. v. Geymüller 147.

(2) Cf. arriba p. 151 s.

(3) K. Hase loc. cit. 183.

(4) Frey, *Studien* 92.

(5) Grimm, *Michelangelo I*, 272 ss. Frey, *Studien* 93. El mérito de Frey está en haber procurado el primero fijar la cronología exacta de las obras ejecutadas por Miguel Angel, en el reinado de Julio II.

(6) *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 426, 493. Miguel Angel dice en

Miguel Angel ardía en deseos de comenzar su obra; y á 31 de Enero de 1506 escribía: «Mi venerable Padre: Estaría completamente satisfecho de mi situación, con tal que llegasen los mármoles; pero en este negocio parezco perseguido por la mayor desgracia; pues, en todo el tiempo que estoy aquí, sólo ha habido dos días de buen temporal. Precisamente hace algunos días llegó una barca, que sólo por gran casualidad no se ha ido á pique; pues el tiempo era contrario; y luego, cuando la fuí á descargar, creció súbitamente el río y cubrió la carga de suerte, que todavía no he podido empezar á hacer cosa alguna. A pesar de esto, entretengo al Papa con buenas palabras y le doy buenas esperanzas, para que no se enoje contra mí. Espero que vendrá el tiempo en que pueda comenzar á trabajar rápidamente. ¡Dios lo haga!» (1)

Peor que las mencionadas dificultades fué, haber entretanto el Papa abandonado la idea del monumento sepulcral, y fijándose más y más en la construcción de la nueva iglesia de San Pedro (2). Por lo que toca á Miguel Angel se le indemnizaría dándole otro encargo; es á saber la pintura del techo de la Capilla Sixtina (3). Sin embargo, el maestro se creyó grandemente perjudicado; el dinero que había recibido no bastaba siquiera para pagar los portes de los bloques de mármol; «con la esperanza del monumento sepulcral» había erigido su taller con sus propios recursos, y hecho ya venir auxiliares de Florencia. A 11 de Abril de 1506 tuvo que oír cómo decía el Papa á un platero y á su maestro de ceremonias, que no quería dar un céntimo más para piedras grandes ni pequeñas. Por extremo asombrado, solicitó Miguel Angel, antes de alejarse del Vaticano, que le dieran una parte del dinero necesario para la continuación de su obra. El Papa le remitió al lunes; pero en dicho día no se le concedió la audiencia prometida. Lo mismo se repitió en los días siguientes, y cuando Miguel

este pasaje, que su taller es una casa che m'aveva data Julio dietro a Santa Caterina. Esta Iglesia (S. Caterina delle Cavallorette) estaba situada en la plaza Rusticucci (v. Armellini 175). No se puede indicar con entera precisión cuándo volvió á Roma Miguel Angel. Frey, Studien 93, dice justamente: antes del 14 de Enero de 1506. Symonds I, 130-131, admite una fecha todavía anterior á ésta.

(1) Lettere di Michelangelo, ed. Milanese 6. Guhl I, 121.

(2) Cf. arriba p. 375.

(3) Falta saber, si este plan procedió de la iniciativa personal del Papa, ó si Julio II fué aconsejado é impelido por Bramante. V. Frey, Studien 93.

Angel se presentó de nuevo el 17 de Abril, se le negó la entrada á la presencia de Julio II... por expreso mandato de Su Santidad. Entonces se encendió la ira del artista, y parece haber exclamado: «Decidle al Papa que, cuando en adelante me necesite, habrá de buscarme donde se me pueda hallar.» Luego se dirigió precipitadamente á su casa, mandó á sus criados vendieran las cosas de su pertenencia, montó á caballo y se marchó de Roma, con el firme propósito de no regresar jamás (1).

Cuando Julio II se enteró de la huída de Miguel Angel, la vispera del día que se colocó la primera piedra de la nueva iglesia de San Pedro, mandó inmediatamente correr en pos del artista y, caso de necesidad, volverlo á Roma por fuerza; pero Miguel Angel se había dado prisa á caminar, de suerte que los mensajeros de Julio II no le alcanzaron hasta Poggibonsi, ya en seguro territorio florentino, y le entregaron una carta en la cual se le mandaba volverse inmediatamente á Roma, so pena de caer en desgracia del Papa. El artista ardiendo en ira, se negó á ello rotundamente. Aquella noche á las once escribió al Papa, que nunca jamás volvería á Roma. «Por los buenos servicios que he prestado á Vuestra Santidad, no he merecido ser echado de palacio como un despreciable pícaro; y puesto que Su Santidad no quiere volver á oír hablar del monumento sepulcral, yo quedo desligado de mis compromisos, y no tengo ningún deseo de contraer otros nuevos» (2).

En el tiempo siguiente, los amigos de Miguel Angel, sobre todo Juliano da Sangallo, se esforzaron por reconciliarle de nuevo con el Papa. Miguel Angel contestó á Juliano desde Florencia á 2 de Mayo: «Os ruego que leáis al Papa esta mi respuesta. Sepa Su Santidad que yo estoy más inclinado que nunca lo estuve, á

(1) Cf. Grimm, Michelangelo I^o, 279 s., 519 s. Aquí son apreciadas críticamente las divergencias que se notan en las propias relaciones de Miguel Angel.

(2) Condivi 38-39, ed. Frey 74. Según este autor, Miguel Angel llegó á Poggibonsi a due hore di notte. Miguel Angel mismo decía más tarde (Lettere, ed. Milanese 493), que había llegado á ese lugar circa a tre ore di notte. Grimm, Michelangelo I^o, 517, traduce equivocadamente, «dos horas de noche» por «las ocho de la noche». El mismo error comete Frey, Studien 93. Según el modo de contar de Italia, la noche comienza á las 8 post meridiem, desde el 15 de Abril (v. Lersch, Ewiges Calendarium [Münster 1877] p. 7), por tanto la segunda ó tercera hora de la noche corresponde á nuestras 10 ó 11 horas de la noche. Frey, Dichtungen Michelangiolo's 306, ha admitido esta explicación.

continuar la obra; y si quiere que el monumento sepulcral se haga en todo caso, no es menester que se dé pena sobre el sitio donde yo he de trabajar, con tal que después de transcurridos cinco años, según convinimos, se erija en San Pedro en el lugar que le pluguiere, y sea tan hermoso como yo le prometí. De esto estoy seguro; que cuando esté concluido no tendrá semejante en todo el mundo. Si, pues, Su Santidad quiere convenir en ello, puede renovarme el mencionado encargo para Florencia, desde donde yo le escribiré. En Carrara hay muchos bloques de mármol á mi disposición, los cuales haré venir acá, así como el personal que allí tengo; y aun cuando de esto se me seguirá bastante perjuicio, no se me da nada con tal de hacer la obra aquí. A medida que las partes queden terminadas, las enviaré inmediatamente, para que Su Santidad pueda tomar en ellas el mismo contento que si yo estuviera en Roma, ó todavía mayor; pues verá las cosas terminadas sin tener en ello otra molestia» (1).

Pocos días después escribía desde Roma un amigo de Miguel Angel: «Bramante y yo debíamos el último sábado declarar al Papa, estando á la mesa, una gran variedad de dibujos; primero fuí llamado yo, y después de la comida, Bramante. El Papa le dijo: Mañana irá Sangallo á Florencia y volverá á traer á Miguel Angel. A lo cual repuso Bramante: Santo Padre, Sangallo se guardará muy bien. Yo conozco por experiencia á Miguel Angel, y ha dicho más de una vez que en nada piensa menos que en pintar la capilla; que Vuestra Santidad querría ciertamente cargarle con ello; pero que él no accederá á tomar otro trabajo alguno sino el del monumento sepulcral. Y también dijo Bramante: Santo Padre, yo creo que no se atreve; pues allí se habrían de pintar las figuras como vistas desde abajo, y hacerse, por consiguiente, muchos escorzos; y esto es algo muy diferente que pintar á pie llano. A lo que respondió el Papa: Si no viniera me haría un feo, y, por tanto, creo yo que vendrá en todo caso. Entonces demostré yo que me hallaba presente, y delante del Papa, llamé á Bramante, bribón. Poco más ó menos como vos habrais hablado si os hubieseis hallado presente en mi lugar. Y de tal suerte tapé la boca á Bramante, que calló; porque entendió haber hablado mal. Por fin dijo: Santo Padre, éste nunca ha tratado con Miguel Angel sobre tales cosas, y si lo que yo he dicho

(1) *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 377 s. Guhl I, 123.

no es verdad, me dejo cortar la cabeza. Yo sostengo que éste nunca ha hablado de semejantes cosas con Miguel Angel; mas si ciertamente Vuestra Santidad pone su empeño en ello, no hay duda que volverá. Con esto se acabó la cuestión y no hay nada más que decir. Dios sea con vos. Si yo puedo hacer algo por vos, hacédmelo saber, pues lo haré de buena gana. Mis respetos á Simón Pollajuolo» (1).

A 8 de Julio, el Papa, que tenía clara conciencia de no haber tratado con justicia á Miguel Angel, dió un nuevo paso para volver á atraer á aquel artista, dirigiendo el siguiente breve á la Señoría de Florencia: «Amados hijos; ante todo salud y mi bendición apostólica. Miguel Angel, el escultor, que se ha alejado de Nosotros por ligereza é inconsideración, teme, según entendemos, volver á Roma. Nosotros ningún enojo abrigamos contra él, pues conocemos la índole y manera de ser de esta clase de hombres. Mas, con todo, para que aparte cualquiera sospecha, os requerimos que, en Nuestro nombre, le prometáis, que si quisiere volver á Nuestra ciudad podrá hacerlo libremente y sin peligro, ya que Nos le recibiremos con la misma gracia que le habíamos manifestado antes de alejarse de Nosotros» (2).

Miguel Angel que, según todas las apariencias, hubiera entonces consagrado su actividad de mejor gana al comenzado cartón de la batalla, y á las doce estatuas de los Apóstoles para la catedral de Florencia, volvió también á negarse resueltamente á regresar á Roma. Entretanto se recibió un nuevo escrito del Papa; por lo cual el Gonfaloniere Soderini hizo llamar á Miguel Angel y le dirigió personalmente severas reflexiones. «Tú has procedido con el Papa de una manera (parece haberle dicho), como no se hubiera atrevido á hacerlo el rey de Francia. Ya es tiempo de que acabe el hacerse de rogar. No queremos emprender por tu causa una guerra, y poner en contingencia el bienestar de la República. Prepárate, pues, á volverte á Roma.» Todo fué inútil; se dice que Miguel Angel pensó entonces en huir de Italia, y dirigirse al lado del Sultán que le había invitado á construir un puente desde Constantinopla á Pera (3). La irritación que dominaba el ánimo del artista se refleja en ciertas

(1) Grimm, *Michelangelo* I^o, 283-284.

(2) Grimm, *Michelangelo* I^o, 284-285. Gotti I, 45. Symonds I, 180.

(3) Grimm, *Michelangelo* I^o, 285 s.

improvisaciones poéticas suyas de aquella época, en las cuales se expresa agriamente acerca de Roma (1). Tampoco dió resultado la mediación del cardenal Alidosi, que gozaba de la privanza del Papa, y con quien se había puesto en relaciones el Gobierno de Florencia.

Entretanto había emprendido Julio II su expedición contra Bolonia, donde celebró su entrada triunfal á 11 de Noviembre de 1506 (2), y era menester eternizar aquel grandioso éxito con una obra artística monumental. Ya á 17 de Diciembre del mismo año 1506 se había colocado en la parte anterior del Palacio del Gobierno de Bolonia una estatua del Papa, hecha de estuco (3); pero convenía que otro monumento más duradero, una gigantesca estatua de bronce, pusiera perpetuamente ante los ojos de los boloñeses, la majestad de su nuevo Señor. Con esta ocasión volvióse á tratar naturalmente del regreso de Miguel Angel; y el cardenal Alidosi dirigió un nuevo escrito al Gobierno de Florencia, rogándole enviase á Bolonia á Miguel Angel, el cual no tendría por qué quejarse del recibimiento que le esperaba. Entonces, finalmente, cedió el artista, y á fines de Noviembre se dirigió á Bolonia, provisto de un salvoconducto de Soderini, en el cual se decía: «El portador es el escultor Miguel Angel, al cual se envía para complacer á Su Santidad nuestro Señor. Certificamos que es un excelente joven, y en su arte, único en Italia y, por ventura, en todo el mundo. No podemos recomendarle bastante; y él es de tal índole, que con buenas palabras y mansedumbre, cualquiera cosa se puede conseguir de él. Se le ha de mostrar amor y benevolencia, con lo cual hará cosas que pongan admiración á quienquiera que las viere.» En una postdata de aquella carta, fechada á 27 de Noviembre se añade todavía: «Miguel Angel viene confiando en la palabra que le hemos dado.» El mismo artista dijo más adelante, que había ido con la correa al cuello (4).

(1) Cf. el soneto 3.^o (Rime di Michelangelo, ed. Guasti 156). Symonds I, 182 s. pone también en este tiempo el cuarto soneto (l. c. 157: *Qua si fa elmi di calici e spade*) mientras que, según Frey, Studien 101, no se compuso hasta Abril de 1512.

(2) V. arriba 616 s.

(3) Cf. Podesta, *Due statue* 109 s., y Gozzadini, *Alcuni avvenimenti* IV, 77.

(4) Gaye, *Carteggio* II, 91. Guhl, *Künstlerbriefe* I, 124-125. Grimm, *Michelangelo* I, 297 s. Springer, *Raffaël und Michelangelo* 109. La sentencia: *Mi fu forza andare là con la coreggia al collo*, se halla en la famosa carta á Giov.

El Papa recibió al fugitivo con rostro enojado. «A ti te tocaba venir á buscarnos; pero has esperado hasta que Nos viniéramos á hallarte»; lo cual dijo aludiendo á su viaje á Bolonia. El artista se arrodilló y pidió perdón en voz alta. No había procedido por mala voluntad, sino llevado de la ira. Le había parecido intolerable que le despidieran como lo habían hecho. Julio II estaba sentado, con la cabeza inclinada sin contestar cosa alguna y el rostro muy encendido; cuando uno de los señores eclesiásticos, á quienes el cardenal Soderini había rogado que intervinieran en caso de necesidad, tomó la palabra. Su Santidad no debía hacer demasiado caso de la falta de Miguel Angel, pues era un hombre sin educación; la gente de arte sabía poco de la manera cómo debía conducirse en todo aquello que no pertenecía á su propio oficio; todos ellos eran de la misma laya. Por extremo irritado se volvió entonces el Papa contra el inoportuno intercesor, exclamando: «Tú te atreves á decir á este hombre cosas, que yo mismo no me hubiera atrevido á decirle. Tú eres el hombre sin educación; tú el infeliz majadero, y no él. ¡Quítate de mi presencia con tu inoportunidad!» Luego hizo á Miguel Angel un benévolo ademán, le perdonó y le dió el encargo de hacer su estatua en bronce; la cual, sentada, debía tener unas siete varas de alto; y le preguntó lo que podría costar. Miguel Angel contestó: «Creo poder cubrir los gastos de la fundición con mil ducados; pero el arte de fundir no es cosa mía, y por tanto no puedo contraer ningún compromiso.» «Vé, replicó el Papa; trabaja y funde la estatua cuantas veces sea necesario hasta que salga bien, y yo te daré todo lo necesario para que quedes satisfecho» (1). Esta famosa audiencia, con la que terminó el enojo de aquellos dos fogosos genios, tuvo lugar probablemente el 29 de Noviembre de 1506 (2); y muestra de qué manera sabía el Papa tratar con el genio como de igual á igual.

Miguel Angel se puso á trabajar en Bolonia inmediatamente, y el mismo Papa le honró con su visita. «El último viernes hacia la tarde, estuvo Su Santidad una media hora en mi taller»; se dice

Francesco Fattucci, de Enero de 1524. *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanese 427.

(1) Condivi 41-42. *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanese 429. Grimm, *Michelangelo* I, 298 s. Springer, *Raffaël u. Michelangelo* 110.

(2) Frey, Studien 93.

en una carta del artista á su hermano Buonarroti, fechada á 1.º de Febrero de 1507. «Me dió su bendición y me hizo entender que aprobaba mi trabajo. Tenemos todas las razones para estar íntimamente agradecidos á Dios Nuestro Señor; solamente os suplico que continuéis rogando por mí» (1). A 28 de Abril quedó terminado el modelo en cera, y á fines de Junio comenzó la fundición; pero se frustró, pues la estatua no salió más que hasta la cintura, quedándose en el horno la otra mitad (2). Miguel Angel no perdió el ánimo á vista de este fracaso. Trabajando día y noche con heroico esfuerzo, obtuvo finalmente su objeto. Desde el 18 de Febrero de 1508 la estatua estuvo expuesta tres días en la catedral de San Petronio. Toda la ciudad corrió á admirar aquella obra gigantesca. «Es un trabajo maravilloso que puede competir con los de la antigua Roma», escribían las Autoridades de Bolonia á la Capital pontificia. A 21 de Febrero se celebró con grandes solemnidades la colocación de la estatua en una hornacina sobre el portal de San Petronio (3).

Miguel Angel había representado al Papa de tamaño triple del natural, sentado, con todos los ornamentos pontificales, en la cabeza la triple corona, en una mano las llaves, y la otra levantada, como para bendecir. «¿Echa la bendición ó la maldición?» preguntó el Papa. «Amenaza á este pueblo, replicó el ocurrente artista, si no se deja gobernar.» Aquella obra parecía hecha para la eternidad, y, sin embargo, no había de durar sino muy breve tiempo; pues á 30 de Diciembre (4) del año 1511, fué víctima del rencoroso partido de los Bentivoglio, que ya en Mayo había destruído la figura de estuco del Papa (5). Al caer aquel pesado coloso de bronce de 14,000 libras, se hundió profundamente en la tierra, por más que habían amontonado en el suelo paja y fagina.

(1) *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanese 65. La conocida anécdota, de que Miguel Angel preguntó á Julio II, si había de poner un libro en la mano izquierda de su estatua, á lo que le contestó el Papa: «Ponme una espada; no soy ningún sabio», tiene trazas de ser una invención de época posterior. Si el Papa se hubiera así expresado, difícilmente Miguel Angel apenas se habría atrevido á poner en la mano de la estatua las llaves de S. Pedro.

(2) *Lettere* l. c. 148, 78-79.

(3) Cf. Podesta, *Due statue* 107, 111, 124 s. Gozzadini, *Alcuni avvenimenti* IV, 79. Gotti I, 66. La fecha de la colocación, indicada por Tizio (en Fea, *Notizie* 25), es errónea.

(4) No Septiembre, como indican Springer 111 y Guhl I, 125.

(5) Cf. Podesta, *Due statue* 114 s.

La artística estatua fué destrozada entre mofas y escarnios, y Alfonso de Ferrara hizo fundir el metal para hacer un gran cañón, al cual dieron, burlándose del Papa, el nombre de La Julia. La cabeza de la estatua, que pesaba 600 libras, se guardó mucho tiempo en Ferrara, pero más adelante desapareció. Este fué el fin que tuvo «la más hermosa estatua de Italia», como llamaba á aquella obra un cronista de Bolonia (1).

Después de haber terminado la estatua de bronce, se había vuelto Miguel Angel á Florencia, su patria; pero no debía permanecer allí, pues luego en Marzo de 1508 le llamó Julio II á Roma, bien que no para construir el monumento sepulcral, sino para pintar el techo de la capilla Sixtina (2); y es cosa que honra á Julio II, el haberse de nuevo olvidado de sí en esta ocasión, ocupando al artista en obras de más alta importancia (3). Miguel Angel, que no se hallaba en perfecta posesión de sus facultades más que con el escoplo en la mano, opuso al principio resistencia, alegando no ser su oficio el de pintor (4); pero la férrea voluntad del enérgico Papa puso por fuerza el pincel, en aquellas manos que no apetecían trabajar sino en mármoles. Después que Miguel Angel hubo aceptado el encargo de Julio II, se ajustó un contrato, con arreglo al cual el artista debía pintar, por 3,000 ducados, la bóveda media de la Capilla Sixtina.

Miguel Angel, que á 10 de Mayo recibió del Papa un adelanto de 500 ducados, se dedicó inmediatamente, con su acostumbrado fervor, á bosquejar los cartones. El primer boceto representaba, según la noticia que nos da el mismo artista, á los doce Apóstoles en las lunetas, y en el resto, un cierto sistema de paneles llenos

(1) Podesta, *Due statue* 119 s. Gozzadini, *Alcuni avvenimenti* IV, 243. Fea, *Notizie* 25, Grimm, *Michelangelo* I^o, 401. Havemann II, 364. Las cartas que Campori ha publicado en los *Atti dell' Emilia* N. S. VI, 1, 131 s., dan á conocer la cólera del Papa y las débiles excusas que más tarde dió el duque. La historia de la estatua fué pronto celebrada en latín é italiano por poetas contemporáneos. V. Campori l. c. 132 y Cappelli, *Prefaz. alle lettere di L. Ariosto* (Bologna 1866) LIX.

(2) Cf. Symonds I, 198. Frey, *Studien* 94. Sobre los motivos de su vuelta á Florencia, v. Klaczko, *Jules II*, 73-74.

(3) Juicio de Gregorovius VIII^o, 147.

(4) Cf. *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanese 17. Cf. el soneto á Giovanni da Pistoja (Rome, ed. Guasti 158, ed. Frey 7), que termina con estas palabras: *nè io pittore*. En casi todas las cartas de este tiempo, se firma con cierta ostentación: *Michelangiolo Scultore in Roma*. Cf. Woltmann II, 577 y Symonds I, 200.

de ornamentos á la manera acostumbrada (1). Ya en Mayo se levantó el andamiaje, y la víspera de Pentecostés (10 de Junio) estaba la capilla tan llena de polvo y ruido, que los cardenales apenas pudieron celebrar allí los divinos oficios (2).

Entretanto había concebido Miguel Angel para sus pinturas otros más extensos planes, acomodados á los frescos que se hallaban ya en la capilla; y el inteligente Papa dió inmediatamente su aquiescencia á la grandiosa ampliación que se le presentaba. En verano se ajustó un nuevo contrato, según el cual, debía cubrirse de pinturas toda la techumbre hasta las ventanas, y, por consiguiente, se aumentó la retribución hasta el doble, ó sea, 6,000 ducados. Los argumentos que se habían de pintar, quedaban enteramente á la elección del artista (3). Este buscó auxiliares, encargó los colores, y á fines de otoño de 1508 comenzó, según parece, á pintar en la bóveda (4). El Papa tomaba aquel negocio tan á pechos, que negó á Miguel Angel el permiso para hacer una breve excursión á Florencia (5).

A 27 de Enero de 1509 se lamentaba el artista, escribiendo á su padre, de que los trabajos no adelantaban; pues había tenido que despedir por inútiles á sus auxiliares. De esta manera, aquella obra gigantesca, no sólo en el esbozo sino también en la ejecución, fué casi completamente trabajo de la propia mano de Miguel Angel (6); el cual todavía hubo de adquirir en ella al principio su

(1) Así lo dice en la conocida carta á G. F. Fattucci. *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 427. Cf. además Wölfflin en el *Jahrb. der preuss. Kunstsammlungen* XIII, 178 y Frey, *Studien* 94. V. también Klaczko, *Jules II*, 74 s.

(2) Paris de Grassis en la *Gaz. des beaux arts*, 2.º período, XXV, 385-386. Frey, *Studien*, loc. cit. La paga por el andamio, se halla en Zahn, *Notizie* 187 (cf. Symonds I, 201), y también en Naumanns *Archiv* XIII, 109. El recibo del anticipo de 500 ducados, que se halla en las *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 563, ya se había publicado antes en Förster-Kugler, *Kunstblatt* 1844, n.º 105.

(3) *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 30, 430. Frey, *Studien* 95. Sobre los bocetos de estudio de Miguel Angel para las pinturas de la bóveda, cf. Robinson, *The drawings of Michelangelo and Raffaello in the University Galleries* (Oxford 1870) 27 s. Springer, *Raffaello und Michelangelo* 115 ss. Symonds I, 204 ss.

(4) Cf. H. Wilson 126, 194. Symonds I, 202 s. Frey 95 s. Klaczko 76.

(5) Gaye II, 107.

(6) Cf. *Lettere di Michelangelo*, ed. Milanesi 17. La afirmación de Miguel Angel que se halla en esta carta, de que hacía un año no recibía un cuarto del Papa, es inexacta, como lo pone de manifiesto Frey, *Studien* 97. Este mismo investigador dice, que se nota la mano de colaboradores, entre otras pinturas, en las del Sacrificio y la Embriaguez de Noé. Cf. Springer 112.

experiencia en la técnica de la pintura al fresco. A esto se agregaron las cuestiones entre el fogoso artista, consciente de sus aptitudes, con el impaciente Pontífice. Pero aquellos dos hombres, tan íntimamente afines por su elevado carácter y su índole irritable y apasionada, volvían siempre á reconciliarse. «Espoleando y condescendiendo, con riñas y con bondades, obtuvo Julio II lo que, por ventura, ningún otro hubiera alcanzado de Miguel Angel» (1). En Junio de 1509 mencionaba el canónigo romano Albertini las comenzadas pinturas del medio de la bóveda (2).

Enteramente solo, atormentado de graves cuidados por la mala condición de su hermano y las miserias de la vida, trabajaba el maestro, lleno de confianza en Dios, aplicando todas fuerzas. Sus únicos auxiliares eran algunos moledores de colores y peones; no tenía ningún amigo en quien pudiera derramar su corazón, ni quería ninguno; y evitando de intento el trato de los hombres, su grande alma se sumergía toda en sondear los misterios de la Creación y la Redención (3). Después de haber trabajado sin descanso durante el invierno de 1509 á 1510, tomó unas cortas vacaciones para restablecerse, las cuales pasó en Florencia (4). Pero por muy rápidamente que pintara el maestro, no adelantaban los trabajos con bastante celeridad al parecer del impaciente Papa. El mismo Julio subió al andamiaje, ascendiendo por medio de escaleras, de forma que Miguel Angel hubo de darle la mano para que llegara á lo más alto. Allí irritó al artista con preguntas sobre si estaría pronto listo. Luego se esparcieron en Roma los más extraordinarios rumores sobre las duras palabras que se decía haber mediado entre aquellas dos fogosas cabezas; pero á todas sus riñas seguía inmediatamente la reconciliación, y el apasionado artista sentíase atraído siempre de nuevo con inexplicable fuerza hacia el Pontífice, tan parecido á él en su carácter, y que—como lo atestigua Condivi (5)—amaba sinceramente á Miguel Angel y

(1) Burckhardt, *Cicerone* 644.

(2) Albertini, ed. Schmarsow 13. Cf. Frey, *Studien* 97-98, quien rechaza,—y á lo que me parece con razón,—la suposición de Grimm I, 526, Wölfflin, en el *Jahrb. der preuss. Kunstsamml.* XIII, 272 y Symonds I, 211, de que Miguel Angel descubrió la «primera mitad» de las pinturas de la bóveda, por Todos Santos de 1509. Cf. también Klaczko, *Jules II*, 183, nota y 334, nota.

(3) Cf. Steinmann en la *Allgem. Zeitung* 1897, Supl. n.º 148.

(4) Frey, *Studien* 99.

(5) Condivi 48, 50 y además Frey loc. cit. 99 y Steinmann en la *Allgem. Zeitung* 1897, Supl. n.º 148.